



CANTO VI







CARTO VI.

Todo está en paz... El aquilón, tendido  
Duerme á lo largo del feroz desierto,  
Y apaga poco á poco su ronquido;  
Gime el arroyo, y va con paso incierto  
Trepazando en las redes que ha tejido  
Aquel su antiguo insidiador experto;  
En su nido las aves, y las fieras  
Duermen en sus silvestres madrigueras.

Sólo el silencio vela cauteloso,  
Y de las negras horas cortejado,  
Todo explora con paso sigiloso,  
Y en guardia está porque no sea turbado  
De su reino pacífico el reposo.  
El blando Sueño entonces, coronado  
De adormideras, lento se adelanta,  
Y entra en la gruta con callada planta:



Y una pequeña rama desprendiendo  
De su misma corona, y suavemente  
El rocío de sus hojas sacudiendo  
Del púdico Varón sobre la frente,  
Y sus ojos con ella humedeciendo;  
Lo arranca sin esfuerzo finalmente  
De aquella gran meditación profunda,  
Y en el beleño del sopor lo inunda,

En tanto que sus lenguas azuladas  
Sacan de entre la cálida ceniza  
Las tenues oscilantes llamaradas  
De la trémula lumbre, que agoniza  
Sin poder ya alejar las embozadas  
Sombras que se descuelgan á gran prisa:  
Pasa un momento, y la tiniebla fría  
Vuelve á ocupar esa caverna umbría.

Mas ¿cómo espera la gentil Doncella  
El solemne momento tan deseado?  
Inmóvil, firme en sus rodillas, ella  
A un éxtasis divino se ha entregado;  
Un vívido fulgor su faz destella;  
Dulce ensueño en sus labios se ha posado;  
Hay en ellos sonrisas celestiales;  
El empíreo le ha abierto sus umbrales.

Como el neblí remóntase á la altura  
Altivo desdeñando el bajo suelo;  
Ella en alas así de su alma pura,  
Rauda despliega su potente vuelo;  
Y á do nunca ha llegado la creatura,  
Se encumbra, sube hasta el más alto cielo,  
Y arcanos mil recónditos penetra,  
Que descifrando va letra por letra.

El Verbo, el Unigénito Incréado,  
Resplandor de la Mente soberana,  
El que ha sido dos veces engendrado,  
Se le muestra vestido de la humana  
Arcilla virginal que ella le ha dado:  
Es un niño muy bello que se afana  
En estrechar con los más dulces lazos  
A su Madre tendiéndole los brazos.

Ella se acerca, y con afan materno  
Le oprime entre sus pechos virginales,  
Y postrada ante el solio del Eterno,  
Le ofrece, cual primicias celestiales,  
De su púdico vientre el fruto tierno;  
Y luego ante los coros inmortales,  
De Jehová lo presenta por mandato  
A que reciba adoración y acato.



La corte de la eterna bienandanza,  
Ante el Dios humanado prosternóse  
Sin mirar esa insólita mudanza,  
Y al eco de sus vítores cimbróse  
El vastísimo Olimpo, en que esa alianza  
Del cielo con la tierra celebróse:  
Así toda la excelsa jerarquía  
El gran decreto de Jehová cumplía.

Pero ya las regiones estrelladas  
Deja la celestial embajadora,  
Y desciende del hombre á las moradas  
A consolar al mísero que llora,  
Y llevarle la prenda tan deseada  
De que es ella la grande portadora:  
Su vivo anhelo más y más enciende,  
Y en raudos sesgos los espacios hiende.

Mas ¿por qué palidece su semblante?  
¿Por qué se encrespa esa su frente hermosa?  
¿Por qué contra su pecho palpitante,  
Su dulce hijuelo comprimió afanosa?  
¿Por qué como paloma trepidante  
Que el enjuto milán terrible acosa,  
Su vuelo rapidísimo apresura  
Por las nítidas ondas de la altura?

que un dragón desmesurado, horrendo,  
Su camino á cortarle se atraviesa;  
Y el puro ambiente con la cauda hiriendo,  
Hinchado el cuello, erguida la cabeza,  
Y sus fauces ignívoras abriendo;  
Se abalanza sobre ella con fiereza,  
E intenta su tesoro arrebatarle,  
Y en su vientre profundo sepultarle.

Violentando su fuga, desalada,  
Emula del relámpago encendido,  
Por la celeste bóveda azulada,  
De ese monstruo al furor se ha substraído  
La divina doncella inmaculada:  
Pero éste, más tenáz, más aguerrido,  
Por esas playas transparentes vuela,  
Y silba y con su cauda se flagela.

Ya debajo la tierra se extendía  
Con sus altas montañas y ciudades,  
Y ofrecerle un refugio parecía  
En sus bosques y vastas soledades,  
O en los abismos de la mar bravía,  
O entre riscos y alpestrés cavidades;  
Mas ella no juzgábase segura  
Ni en la sima más honda y más obscura.



No lejos de los montes de Judea,  
Gran tajo vió bajo sus pies abrirse  
En las orillas de pequeña aldea  
Que entre el follaje parecía encubrirse:  
La madre respiró, no titubea;  
Y como aquel que próximo ya á hundirse  
Entre el férvido oleaje blanquecino,  
Una roca aferró con desatino:

De este modo, solícita, afanosa,  
La vista aún volviendo, de repente  
Se precipita en esa gruta umbrosa,  
A su hijuelo oprimiendo fuertemente.  
No la mira salvaje ni escabrosa;  
Parécele un oasis; prontamente  
Va á colocar el fruto de su seno  
Sobre unas hojas, sobre blando heno.

En ese mismo instante ¡Oh maravilla!  
¡De su éxtasis profundo despertaba!  
Huye la noche; todo el antro brilla,  
La increada luz en él se transbordaba;  
Y la amorosa Virgen sin mancilla,  
Madre ya, en el pesebre reclinaba  
Un infante más bello y más gracioso  
Que el húmido lucero fulgoroso.

Sus primeros vagidos resonaron  
Por el cóncavo espacio, y al oído  
Del Esposo castísimo llegaron,  
Quien súbito del sueño ha removido  
Las brumas que en sus ojos se posaron;  
Y por extraña fuerza sacudido,  
Por un delirio de amorosa fiebre,  
Con ímpetu se lanza hacia el pesebre.

Crejóse traicionado por sus ojos,  
Que con mano convulsa restregaba;  
Y, pávido arrojándose de hinojos,  
Ante el grande Jehová, que se ocultaba  
En los mortales míseros despojos,  
Profunda adoración le tributaba,  
Mientras el llanto entre emociones tales,  
Corría por sus mejillas en raudales.

Entretanto el temor, la reverencia  
En el pecho materno toman creces,  
Luchando de su amor con la vehemencia:  
La Virgen anhelante por tres veces  
Quiso al niño abrazar, y con violencia  
Le daba el corazón broncos reveces;  
Pero él, con nuevo afán, nueva porfía,  
Sus pequeñuelas manos le extendía:



Chispeaban sus ojuelos más vivaces,  
Y parecía su trémula boquita  
Buscar acentos y elocuentes frases.  
Ella al fin se resuelve; ya no hesita;  
Hizo el temor con el amor las paces;  
En calma ya, su corazón palpita;  
Le da un beso, lo estrecha y semblantea;  
Hijo, decirle quiere, y balbucea.

¡Ay! ya gime el Dios párvulo, ya siente  
Sus delicados miembros ateridos  
Que muerde sin piedad el frío inclemente;  
De cárdena violeta están teñidos  
Sus frescos labios, y el helado ambiente  
Casi le roba pulsos y sentidos:  
De nuevo se desata el melenudo  
Cierzo en su contra, y lo flagela crudo;

Y la angustiada Madre, que carece  
De fajas y de cálidos pañales,  
Hondamente se affige, se enternece,  
Le hacen nudo sus brazos maternos,  
Ya de sus pechos el calor le ofrece,  
Ya sus jugos purísimos vitales:  
Al fin lo vence, sin doblar su empeño,  
Y anídase en sus párpados el sueño.

¿Oís? retumba el trueno; las erguidas  
Cúspides del Olimpo han retemblado,  
Degárranse las nubes aturdidas,  
Y escúchase el crugir desmesurado  
De ponderosas ruedas, impelidas  
Por el ardiente torbellino alado:  
Creyérase el empíreo desplomarse,  
Y los hondos abismos desgajarse.

Se dividen, se rompen de repente  
Esas ásperas bóvedas musgosas;  
Y, envuelto en una nube refulgente,  
Entre aladas falanges numerosas:  
El Sumo Padre, el mismo Omnipotente,  
Que del caos arrancó todas las cosas,  
Y se ha dolido de la estirpe nuestra,  
En su imponente majestad se muestra.

Es plácido su rostro y muy amable;  
Parece que sus brazos extendiendo  
A su eterno Unigénito adorable,  
Que el peso del dolor ya está sintiendo,  
En El vierte su amor inagotable,  
Que, cual tímido piélago, rompiendo  
En fuerte evolución, toda barrera,  
Inunda ya la humanidad entera.



No es el que antes, sañudo y furibundo,  
La flamígera espada enrojecida,  
Vibraba por los ámbitos del mundo;  
El que en hirviente oleaje sumergida,  
(Espantoso castigo sin segundo)  
Dejó la humanidad envilecida,  
Y en escuálidas playas soñolientas  
Ha trocado ciudades opulentas.

El que toca los montes arrogantes,  
Y en hórridos volcanes se convierten,  
O en medio de sus iras fulminantes  
Los vuelca de su base y no lo advierten;  
El que sobre las ondas espumantes  
Pone la planta, y ellas sangre vierten.  
¡No es el mismo Jehová! ¡Se ha transformado!  
Hoy un Niño lo tiene encadenado.

Del León indomable los rugidos  
Que todo el orbe sacudían, ahora  
Se han cambiado en los débiles vagidos  
De un tierno infante que suspira y llora,  
Y sus pálidos labios comprimidos  
Mueve, y parece que piedad implora,  
Que implora de su Padre la clemencia  
Para salvar la lútea descendencia.

¡Ata débil criatura la gran mano  
Que en tres dedos sostiene el ponderoso  
Globo del universo! ¡El barro humano  
Surge como un atleta vigoroso,  
Y triunfa del Monarca soberano!  
Y el inflexible Númen, amoroso  
Padre se muestra del mortal que gime,  
Porque un delito abrumador le oprime.

Ya entretanto etérea jerarquía  
La gran ventura del mortal cantaba,  
Del cautivo que en rey se trocaría;  
Y por el aire puro combinaba  
De sus arpas y plectros la armonía  
Que el crótalo y el sistro reforzaba:  
Cantos y aromas toda el aura llenan,  
Y así de un himno las cadencias suenan:

“¡Gloria, gloria al Altísimo, al Eterno,  
Al inmenso Jehová que allá en la altura  
Ha sentado su trono sempiterno,  
Y su bondad derrama sin medida!  
Vibre su nombre hasta el profundo Averno;  
Tiemble el tirano de la noche oscura,  
Y se llene de pánico, y se asombre  
Al verse ya bajo los pies del hombre.



“Alza tu vista al cielo, Raza humana,  
Embriágate de dulces alegrías,  
Conoce tu grandeza soberana:  
Ya las mismas celestes jerarquías  
De cerca te saludan como hermana;  
Y si antes compasión nos infundías,  
Hoy con pasmo y envidia te miramos,  
Y tus ínclitas glorias celebramos.

“Ya sobre tí descienda sonriente  
De los altos etéreos pabellones  
La blanca paz, y fije eternamente  
Su reino del mortal en las mansiones;  
Y del amor á impulso, dócilmente  
Ríndanse los humanos corazones.  
¡Triunfa el amor y canta su victoria!  
¡Gloria al eterno Amor, eterna gloria!”

Las notas de ese cántico armonioso  
Que se entonaba por la vez primera,  
El hombre ha recogido cuidadoso,  
Y no ha cesado la terrestre esfera  
De repetirlas con el mismo gozo,  
Desde que el alba surge placentera,  
Hasta que el sol, cayendo tras los montes,  
Enluta los tendidos horizontes.

Y aun entonces no cesan de escucharse,  
Y, entre el humo del fúlgido incensario,  
A las altas regiones elevarse,  
Y penetrar de Dios en el santuario:  
El ave las modula al despertarse,  
La noche al envolverse en el sudario;  
Y esos ecos tan dulces retiñendo,  
El vuelo de los siglos van siguiendo.

Sigue también tu vuelo, Euterpe mía.  
No lejos de esa gruta luminosa,  
Una fértil campiña se extendía  
Que en la estación fecunda y ardorosa  
De ondulantes espigas se vestía:  
Allí, al soplar la brisa cariñosa,  
El idilio de Rut incomparable  
Reproducirse parecía incansable.

Laníferos rebaños triscadores  
Allí entonces pacían diseminados  
Entre aquellos pacíficos alcores,  
Por la escarcha invernal casi tostados;  
Y á la intemperie, un grupo de pastores,  
En torno de una hoguera recostados,  
Entre amigable plática velaban,  
Y al aquilón y al sueño rechazaban.



Parecen todos con atento oído  
Y semiabierta boca estar pendientes  
De Efraín, mayoral, joven garrido,  
Vivaz y de palabras elocuentes,  
Quien, rústico magüer, un tanto instruido,  
Entre aquellos sus dóciles oyentes,  
Las velas desplegando de su ciencia,  
Así hablaba con rústica elocuencia:

“¡El hombre!; sér mezquino! Ya en su cuna  
Arrúllalo el dolor; su voz primera  
Se asemeja á la voz con que importuna  
El cervatillo, herido en la encinera,  
A la impotente madre: no hay alguna  
Hora de su existencia pasajera  
Que el sello del dolor no haya marcado,  
No hay un solo momento sosegado.

“Desde que el padre de la estirpe humana  
Contra su amante Padre rebelóse,  
Oyó bramar la tempestad lejana,  
Al rugido del tigre estremecióse,  
Vió lágrimas verter á la mañana,  
La eterna primavera disipóse;  
Y desde entonces toda la natura  
Contra el hombre azuzó cada criatura.

“Quiso él coger una purpúrea rosa,  
Y con su sangre la tiñó primero;  
A su boca acercó la miel sabrosa,  
Y el melífero insecto, prisionero,  
Dejó en sus labios huella dolorosa;  
Corrió por la montaña y el otero,  
Y ahogado se sintió por la fatiga,  
Y de un árbol buscó la sombra amiga.

“En madrastra trocándose la tierra,  
Quiso beber del hombre los sudores  
Para ablandar los gérmenes que encierra,  
Ya fecundos en jugos nutritores;  
Y hasta el más vil insecto movió guerra  
Del campo á los tostados labradores;  
Las estaciones mismas conspiraron;  
Nubes, pedrisco y vientos desataron.

“Vaga el hambriento lobo insaciable  
Siempre atisbando al tímido rebaño  
Con siniestra pupila formidable,  
Fraguando siempre destrucción y daño;  
Y aun le roba al pastor el sueño amable,  
Quien de industria valiéndose y amaño,  
Rechaza á mala pena al adversario,  
Y un hórrido mastín le es necesario.



“¡Oh valle, oh monte, oh rumoroso río,  
Que al aura comunicas tus querellas!  
¡Oh soledad, oh páramo sombrío!  
¡Oh regiones pacíficas y bellas!  
¡Zagales que velais al lado mío,  
A la pálida luz de las estrellas!  
Felices sois porque en aquestos sotos  
Del mundano vaivén vivís remotos.

“No habeis aún vosotros escuchado  
Cómo el piélagó horrísono rebrama  
Cuando espumoso, cresco, empenachado,  
Sobre un frágil esquife se derrama,  
Y azótalo feroz de lado á lado:  
El nauta en vano contra el monstruo clama,  
Y aquella muchedumbre, ávida de oro,  
Perece con la nave y su tesoro.

“No habeis visto en los campos de la guerra  
Sangre fraterna hervir, cálida, humeante;  
Cubrirse de cadáveres la tierra;  
Y á la muerte, en sus triunfos arrogante,  
Atizar esa rabia que se encierra  
En el humano pecho tumultuante,  
Y al vencedor cebando sus enojos  
Del vencido en los míseros despojos.

“No habeis visto agitarse las entrañas  
Del pacífico hogar: pérvida esposa  
Brindar infame con astutas mañas  
A su consorte linfa ponzoñosa;  
Y hermanos, como fieras alimañas,  
Mezclarse en cruda riña sanguinosa,  
Y, dominado de furor insano,  
El hijo contra el padre alzar la mano.

“Montes hirsutos, fértiles colinas,  
Auras que murmurais en la espesura,  
Mansos arroyos, fuentes cristalinas,  
Decidme si vosotras, por ventura,  
¡Ah! sabeis en qué cunas marfilinas,  
O en qué remoto bosque, ó gruta oscura  
Pueda encontrarse el grande, el prometido  
Reparador del hombre desvalido.

“Decidme si respira auras vitales  
El Salvador del mundo, por quien tanto  
Hemos ya suspirado los mortales,  
Siempre el suelo regando con el llanto:  
Pues Él se ha de doler de nuestros males,  
En gozo Él trocará nuestro quebranto;  
Decidme, y sin descanso noche y día  
Lo buscaré con pertinaz porfía.